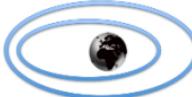


ediciones
en auge



augeVerlag
madrid & viena

Joaquín Mbomío Bacheng

Huellas bajo tierra

segunda edición

en cooperación con



© ediciones en auge 2016

www.ediciones-en-auge.eu

© 2016 Joaquín Mbomío

Druck und Vertrieb im Auftrag der Autorin/
des Autors: Buchschmiede von Dataform
Media GmbH, Wien

www.buchschmiede.com

ISBN

Paperback: 978-3-99057-199-6

Hardcover: 978-3-99057-200-9

Das Werk, einschließlich seiner Teile, ist
urheberrechtlich geschützt. Jede Verwertung ist
ohne Zustimmung des Verlages und des Autors
unzulässig. Dies gilt insbesondere für die
elektronische oder sonstige Vervielfältigung,
Übersetzung, Verbreitung und öffentliche
Zugänglichmachung.

Nota del autor

Como fue *El párroco de Niefang*, la reedición de *Huellas bajo tierra* es la consecuencia lógica del interés creciente que suscita la literatura de Guinea Ecuatorial en destacados países y círculos. En Austria, desde 2012, se viene celebrando, cuando llega la primavera, una semana dedicada a la literatura guineoecuatoriana. Un encuentro organizado por el profesor Max Doppelbauer de la Universidad de Viena junto con su amigo y colega Mischa G. Hendel, del Instituto Universitario de Estudios Africanos, con la colaboración del autor de esas líneas. Un evento que se ha dado en llamar *La Primavera guineana de Viena* y que constituye un verdadero evento cultural, a tenor del contexto que se vive en la República de Guinea Ecuatorial, desde su proclamación como Estado independiente el 12 de octubre de 1968 hasta hoy.

Hoy, tras el expectacular fracaso de la élite política africana, los jóvenes –muchos de ellos vienen a morir en el estrecho de Gibraltar y en el mar Mediterráneo–, los estudiantes y los intelectuales, buscan nuevos planteamientos políticos, nuevas fórmulas sociales, una nueva manera de pensar para sacar al continente africano en el atolladero del nihilismo

existencial donde se alojó después de las independencias de sus países en los años sesenta. En Guinea Ecuatorial, este movimiento de renacimiento africano se manifiesta fundamentalmente en los artistas, uno de ellos es el cantante Adjoguening, otro es el caricaturista Ramón Jamón y Queso, pero también se manifiesta en los escritores y pensadores: Eugenio Nkogo Ondó, Donato Ndongo Bidyogo, María Nsue Angue, Justo Boleká Boleká, Remei Sipi Mayo, Anacleto Oló Mibuy, Juan Tomás Ávila Laurel y otros muchos que no he mencionado aquí son los que simbolizan y expresan hoy el pensamiento intelectual guineoecuatoriano, con ello participan esencialmente a la creación de la nación guineana.

Una nación no cae del cielo, se trata de un concepto, una idea, que se crea, se forja y se materializa mediante mecanismos modernos coercitivos como es el Estado. En Occidente la idea de nación denota cierta homogeneidad monólica: nación vasca, nación catalana, nación bretona, etc. En África la nación traduce sobre todo diversidad y federación de identidades peculiares: nación guineana, nación camerunesa, nación gabonesa, etc. Esa es la nota original africana en el nuevo Estado de la Nación moderna. En literatura hablamos de originalidad, una realidad que parte de lo particular para llegar a lo general y unirse a lo universal. La literatura guineana es una literatura original, que vehicula valores

universales, hispanas y africanas. No se puede hablar hoy de identidad guineana sin evocar uno de sus referentes que es España. Es pues una española, del pueblo de García Lorca, la que nos hace el honor de dejar su huella en el prólogo de la presente edición de *Huellas bajo tierra*.

Joaquín Mbomio Bacheng

Ginebra, 4 de julio de 2016

Prólogo

Un homenaje a Guinea Ecuatorial único país hispano de África

Guinea Ecuatorial: tu nombre tan sonoro y tú tan lejana, tan extraña, tan desconocida. Joaquín Mbomio Bacheng y su prosa reveladora, su voz nueva y, al mismo tiempo, tan cercana, transforma Guinea delante de mis ojos en un universo familiar; trae ecos de su infancia y la mía; redibuja los contornos de un puente invisible ahora, pero existente aún, entre una plantación de cacao y un olivar salpicado de higueras. Reconozco en su historia, la mía: los programas de radio, las celebraciones religiosas, populares, festivas, la copa de *Fundador* que, a la misma hora, a miles de kilómetros de distancia tomaban, casi juntos, su padre y el mío.

Probablemente vi escrito el nombre de Guinea por primera vez en mi vida en un álbum antiguo de mis primas que recogía en cromos los trajes regionales de España. Allí estaban también, en su versión masculina y femenina, los de Guinea, quizás entre los de Extremadura y La Rioja. Mis tíos, de otro siglo, rezadoras de rosario y vestidas de negro, hablaban de Fernando Poo para referirse al lugar más lejano del mundo.

Creo que la España que lea las novelas de Joaquín Mbomio Bacheng va a reconocerse, y asombrarse, ante todo lo que estábamos viviendo juntos, sin saberlo, ante el imaginario común que nutre geografías tan contrapuestas. Y va a sorprenderse igual que yo estoy sorprendida de volver a encontrarme con Guinea en la

ciudad de Viena, ciudad que acoge, ya desde hace años, una semana cultural dedicada a la literatura guineana. Viena y la literatura guineana forman una extraña mezcla que, sin embargo, ya es inseparable y todo gracias al, de verdad, ingente esfuerzo de Mischa G. Hendel, Max Doppelbauer y el mismo Joaquín Mbomío, intrépidos organizadores, creadores de una idea que cobra cada vez más fuerza, que crea adictos y que se extiende a cada vez más ámbitos de la cultura guineana. Este año, a las lecturas y conferencias de los mejores escritores del país, se unieron el teatro y la música. Esta semana extraordinaria se convierte en foro de intercambio del mundo de la literatura guineana y es ya un referente ineludible de la cultura de Guinea Ecuatorial. En su edición más reciente contó incluso con la presencia de una personalidad guineana, un hombre de cultura con rango de ministro, y dio una muestra más de su alcance, fue una prueba de cómo la literatura pudo atraer a la política, para que un representante del gobierno escuchara la voz de sus escritores, que reclaman cambios urgentes en la situación del país.

Porque la literatura de Guinea Ecuatorial nos la trajo Joaquín Mbomío a Viena en forma de un largo poema, es un texto escrito por varias plumas: Donato Ndongo Bidyogo, Justo Bolekia Boleká, Anacleto Oló Mibuy, Juan Tomás Ávila Laurel, Remei Sipi Mayo, Trifonia Melibea Obono, Recaredo Sibelo Boturu, son los que ya llegaron a Austria, con la muestra de un cuadro literario que llama mucho la atención. Aquí se habla de un país que necesita urgentemente cambios que lo lleven a la democracia, para que sus ciudadanos puedan crear y vivir con

intensidad, en libertad, su propia cultura que es africana y a la vez hispana.

Joaquín Mbomío Bacheng nos acerca el pasado, común en muchas cosas, con una voz cargada de futuro que habla de postcolonialismo con otros acentos, con alegría, con conciencia de comunidad, sin rencor.

Huellas bajo tierra es testimonio necesario de crímenes contra la humanidad y del comienzo de una dictadura sangrienta al final de otra dictadura terrible, la de España. Por eso, el libro de Mbomío Bacheng también es el mío, sus recuerdos, los nuestros, pues describe un pasado tan vivo y tan cercano, aunque ocurrió en otro continente, en otro mundo. Creo que España necesita saber de Guinea porque compartimos mucho; a pesar de la desidia de las instituciones culturales españolas, la curiosidad y el interés mutuos crecen y se alimentan gracias a novelas como la que nos ocupa.

Las novelas de Mbomío tienen un tono unamuniano, el de “venceréis, pero no convenceréis” que el viejo rector espetó a los generales franquistas en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, del que salió vivo de milagro. También Joaquín Mbomio salió vivo de milagro de la idílica Guinea de las plantaciones de cacao, que se llenó de horror, quién lo hubiera pensado, con la independencia, que abocó de inmediato a una dictadura sangrienta. Y España, que no sabe mucho de nuestro pasado común, tampoco quiere saber de estos crímenes que la novela cuenta en todo su horror, pero con una voz distinta, sin odio. En mitad de las descripciones más horrendas, hay un rayo de luz, un perfume que llega de

la selva hasta la percepción del torturado, un recuerdo de los antepasados, una canción de cuna y de guerra. Las imágenes de espanto siempre son suavizadas por una descripción de la naturaleza, que recuerda que la vida es, invariablemente, más fuerte. Por eso, la obra de Mbomio es siempre infinitamente positiva, porque, si bien, es su legado testificar por los crímenes silenciados, su voz está siempre llena de acentos de esperanza.

Como podría ocurrir en una de sus novelas, donde lo universal se encuentra en una aldea, una de mis primeras conversaciones con Joaquín tuvo lugar en la vinoteca de un pequeño pueblo austriaco, donde, por casualidad, (juro que es cierto) coincidimos, española y guineano, con un panadero argentino y un restaurador filipino, que con su español de todos los continentes criticaron con fervor España, madrastra patria, a veces amorosa, sobre todo, olvidadiza y descuidada. Otra vez el mundo en la cabeza de un alfiler.

También la casualidad, la conjunción afortunada del encuentro entre Mischa Hendel, Max Doppelbauer y Joaquín Mbomío siguen haciendo de Viena una ventana al mundo para Guinea, y entre muchísimas otras cosas, también un punto de encuentro entre España y Guinea en un terreno neutral donde el intercambio surge con energía renovada cada año, para nuestro goce.

María Eugenia Gómez Montalvo

Viena, 5 de julio de 2016

Huellas bajo tierra

Girolla se despertó aquella mañana a la hora que le era habitual, a las seis y media, hora de los informativos en la cadena SER. Le gustaba levantarse cuando caían los primeros titulares de la actualidad española, así se informaba de todo y todo le interesaba: los viajes del Rey, la retirada de Suárez, el ridículo de Blas Piñar, los errores de Óscar Alzaga, los derroteros del profesor Tamames, la llegada del clan andaluz, Guerra y González, las pujantes posiciones de Pujol en Cataluña, las declaraciones de Severo Moto en la televisión española, los gritos de Ramoncín, los suspiros de Julio Iglesias, las bodas de la Presley, el evangelio de Canáan. Toda esa confusión le gustaba, era como una dulce sinfonía matinal que le ilrgaba cuando la luz blanca del alba iluminaba las últimas sombras negras que seguían protegiendo los oscuros reductos de la noche que se esfumaba. Pero lo que más le interesaba en el boletín informativo eran los valores de la bolsa, que seguía ininterrumpidamente las continuas fluctuaciones del dólar. La moneda americana parecía jugar al yoyó. 0,5345 en Londres, 0,5342 en París, dos milésimas de más en Madrid, media centésima menos en Tokio, dos de más en Nueva York. Girolla digería y mentalizaba todos esos datos cuando aún se encontraba semidormido, entre el sueño y la realidad, y era en este estado semiconsciente en el que iba a abrir las ventanas de su

gran apartamento, situado en un séptimo piso, para contemplar, no sin deleite, como todo buen barcelonés, orgulloso de ser catalán y vivir en la Ciudad Condal, la magnífica panorámica que ofrecían las Ramblas barcelonesas. Girolla se quedaba largo rato mirando la animada arteria de la ciudad mediterránea. Es cierto que muchos consideran que Cataluña es el pulmón económico de España. Para Girolla, las Ramblas eran, ni más ni menos, el corazón de Barcelona. Allí el catalán empezaba a sentir latir el pulso de los primeros obreros que venían a efectuar el trabajo matinal; cuando los comerciantes empezaban a abrir sus tiendas, con calculado esmero y ojo avizor, los pregoneros, no sin estrépito, anunciaban el número ganador de la lotería nacional, mientras que la prensa peninsular nacional anunciaba al unísono las grandes noticias del día y todos, a la una, desde Cataluña hasta la Coruña, se alegraban levantando España con cantos de Andalucía. Para Girolla el día nacía en las Ramblas; allí se enteró del derrocamiento del dictador guineano Francisco Macías Nguema. Fue en una calurosa mañana de agosto del año 1979.

Girolla había vivido sus mejores momentos de juventud en Guinea. Durante los años sesenta, entonces Guinea era una próspera colonia española y, como muchos españoles, Girolla había guardado un recuerdo agridulce de su pasado africano. Nunca comprendió por qué él y su familia, en febrero de 1969, fueron evacuados de la gran finca que tenían en Bolondo, cerca de la desembocadura del Río Benito, por la Guardia Civil

española. Nunca comprendió por qué en Bata, en los agitados días que precedieron el frustrado golpe de Atanasio Ndong Miyon, su mejor empleado Mba, había travestido su personalidad trocando su traje habitual color caqui bien repasado por un viejo pantalón de la Legión y boina de la Falange. Nunca comprendió por qué Mba, al frente de una banda de muchachos enfurecidos, ya en las playas de Asonga, cerca del aeropuerto de Bata, sin mediar palabra alguna, vino a propinarle una sonora bofetada, ante la angustiosa mirada de su mujer, al mismo tiempo que el agresor, como avergonzado por su gesto, salía huyendo del lugar de la evacuación española. Nunca comprendió por qué el mismo Mba, que se autoproclamó gerente de la empresa de su jefe tras su retorno forzado a España, siguió enviándole escrupulosamente las ganancias, ingresando puntualmente la renta en su cuenta bancaria del Banco de España, desde las agencias de Mbini y Bata. Estas transferencias, aun menguadas someramente por el limitado apetito de Mba, habían sido de suma utilidad para Giolla, que pudo reconstituir un buen capital comercial para su nueva existencia en España.

En unos meses, su posición llegó a ser envidiable, comparada con la de los demás españoles que como él habían estado obligados a abandonar sus bienes en Guinea. En España, Giolla compró un piso con dos apartamentos en el céntrico paseo de las Ramblas. Puso uno en alquiler y ocupó el otro con su familia. Su mujer era guineana, una benga mulata de Corisco que le dio tres hijos, uno en Guinea y dos en España. En Guinea,

Girolla era ingeniero forestal y se había especializado en la producción de aceite de palma. En España era un catalán con un agudo sentido de los negocios. De regreso de Guinea, el ex-colono hizo muy buenas inversiones con excelentes beneficios. Girolla jugaba prudentemente a la bolsa.

Un día del año 1971, su extraordinario Mba le anunció la nacionalización de sus plantaciones en Guinea, pero la economía de Girolla ya estaba en gran expansión. Su existencia en Barcelona era la de un burgués catalán: dueño de un comercio próspero, accionista de dos empresas de tejido y confección, pero también miembro de la junta directiva del Barça, el legendario equipo azulgrana. Los fines de semana, Girolla se iba fuera de la ciudad, más concretamente a Puigdalba del Penedés, donde tenía una mansión señorial con dos hectáreas de tierra cultivable. Allí cultivaba mangos, cocos y palmeras traídas de África.

Habiendo vivido en Guinea y casado con una guineana, Girolla se divertía como un africano y tenía los mismos gustos de un guineano; iba de juerga siempre a las discotecas africanas de Barcelona, sobre todo a la Tropicana. Allí se dejaba invadir por la nostalgia de los tiempos coloniales, de modo que entre la música africana y el alcohol europeo se perdía en sus borrosos recuerdos guineanos. Pero se despertó bruscamente una mañana cuando un joven guineano indocumentado llamó a su casa y le mostró la foto de un antiguo militar

de la guardia colonial española, un hombre que vino a protegerlo en su finca de Bolondo durante el periodo de “emergencia” que se caracterizó por los actos vandálicos protagonizados por miembros de la Juventud en Marcha con Macías. “Soy su hijo”, dijo el guineano por toda presentación. Al instante, a Girolla se le heló la sangre en las venas y su mente reprodujo la sonora bofetada que le dio Mba en la playa de Asonga. Al mismo tiempo apareció la cara angustiada de la mujer benga del catalán, quien había tenido tiempo de notar la palidez en el rostro de su marido.

-¿Qué pasa? -preguntó la guineana.

-Nada, nada, sólo tengo una cuenta que saldar - respondió el español al tiempo que lanzaba un formidable directo que destrozó por completo la mandíbula del joven guineano. El ruido producido por el impacto del violento derechazo del barcelonés fue cubierto por el alarido que lanzó la corisqueña en su lengua materna: “añambe loba” (Dios de mi alma).

-Prepara su habitación, se queda con nosotros, pero antes le llevo a la clínica. Su padre es un gran amigo mío, dijo Girolla a su mujer, al tiempo que ayudaba al infeliz a levantarse. El muchacho se llamaba Juan Ndong.

-Sí, chico, Europa me ahoga, por eso grito por las noches en mi habitación. Yo sé que molesto a los demás, pero ¿tú qué harías en mi lugar? Yo no estoy acostumbrado a vivir en la soledad. Hace tres años que vivo aquí y todavía no conozco a mis vecinos. Aquí nadie

habla con nadie; sin embargo, lo que reina es una fría cortesía entre los ciudadanos... pero yo sé que esta gente no es buena.

Así me hablaba Engon cuando fui a visitarlo a París. Se quejaba de la soledad y de la incomunicación que caracterizan a las grandes metrópolis. Le dije que precisamente se encontraba en Europa y no en África, y que debía tener presente que había venido a estudiar y no a integrarse plenamente en la sociedad blanca, pues eso último era muy difícil, aunque no imposible. Recordando esa conversación con mi paisano, me di cuenta de que el tren en el que viajaba se había parado. Estábamos en la localidad francesa de Dijon; por los altavoces se invitaba a los viajeros a bajar del tren, puesto que éste no reanudaría su marcha hasta dos horas más tarde. Los obreros de la compañía de ferrocarriles franceses estaban en huelga. Para matar el tiempo y en lugar de ir a visitar la ciudad, ya que todas las ciudades francesas de provincia son parecidas y tienen la misma fisonomía, preferí buscar un sitio en el abarrotado bar de la estación. Allí había más animación y el ambiente era casi "guineano", quiero decir estupendo. Los viejos altavoces del vetusto establecimiento desgranaban con resignada tristeza melodías de los años cincuenta y del barullo general salía la melancólica voz de Edith Piaf, la gran cantante francesa de la posguerra: Ah, je ne regrette rien, je ne regrette rien (no me arrepiento de nada, de nada me arrepiento), lloraba la canción.

En el bar busqué un lugar tranquilo, después de pedir una buena cerveza, una “33”, como solía hacerlo en Malabo en el bar “Pitusa”, me acomodé y saqué el libro que Engon me regaló en París: Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial, de Donato Ndongo Bidjogo; y me puse a leer. Poco después, ya en la segunda página, un francés se me acercó y sin más ni más me preguntó la nacionalidad; le dije que era guineano y, ante mi asombro, el blanco me invitó a subir en su coche porque, según él, un compatriota mío se encontraba en su granja a punto de morir.

Se llamaba Juan Ndong, había muerto hacía media hora. El granjero me explicó que había recogido a Juan el día anterior. Lo encontró durmiendo en sus plantaciones. Juan sólo llevaba su diario y un cuaderno de poesías. Yo no conocía personalmente al muerto y así lo manifesté al francés, pero sí había oído hablar de la historia de un guineano que un catalán envió a estudiar en la ciudad de Toulouse, del que ya no se sabía nada desde hacía mucho. El francés me invitó a leer el diario del muerto, ya que él desconocía el castellano. El diario de Juan Ndong contenía cerca de cien páginas. Juan tenía buena caligrafía; “tuvo que haber asistido a la Escuela Superior en Guinea”, pensé. Juan escribía con esmero y su lectura era fácil, como una novela.

Diario de Juan Ndong

Son las once de la mañana: el tiempo ya no discurre, las horas ya no pasan, los segundos ya no cuentan, los años ya son siglos, los siglos el segundo, el mínimo segundo, es eterno, una eternidad. He dejado de vivir. ¿Qué más da que sean las doce o las once, en España o en Guinea, en Europa o en África, cuando mi suerte se ha decidido en los ancestrales tribunales? Mi último llanto, mi último pensamiento, mi último suspiro, el último soplo de mi alma se lo han llevado los ancestros. Ellos están detrás de mí, jadeando, sufriendo, corriendo, galopando en mi última carrera hacia la muerte, quizás para mi salvación, mi reencuentro. Me hubiera gustado morir en la gloria, como el héroe de mi tribu, como lo hacían mis antepasados, como lo hizo Mboo Mbâ, el fundador de mi casta. Él decidió su muerte, la sentenció, la ejecutó y su pueblo se salvó. Mboo Mbâ expiró soberanamente rodeado y protegido por los suyos. Pero yo, yo muero en la miseria, sufro en la soledad, muero en el exilio, lejos de los míos. Pero ellos están allí, los ancestros, han venido a por mí, seguiré viviendo después de muerto, voy a reunirme con ellos, estaré con ellos, cenarán con mi cuerpo, sus paladares gustarán el sabor de mi carne, beberán mi sangre y, en el silencio de la noche, todos harán mi fiesta, celebrarán mi defunción y en el calor de sus vientres renaceré. Seré de nuevo un miembro de mi etnia, digno de mi tribu. Al nuevo nacido lo llamarán por mi nombre para perpetuar la estirpe.

Mi vida ha sido muy corta, fue muy confusa, era casi una galería, algo así como un túnel.